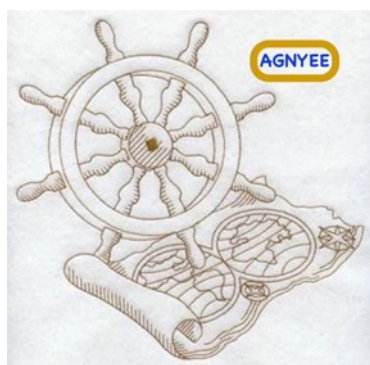




V CENTENARIO
1ª VUELTA AL
MUNDO

DIARIO DE BITÁCORA DEL PROS

AGNYEE TRAS LA ESTELA DE ELCANO



10 DE AGOSTO 2019- 8 SEPTIEMBRE 2022

ENTRADA 13.2.: ETAPA PAPEETE- FIYI

26 DE MARZO DE 2022

Raiatea por la proa

La Polinesia francesa contiene diversos archipiélagos, todos ellos constituídos por numerosas islas, decenas, si no centenares, entre islas propiamente dichas, atolones e islotes. Esta Expedición ya ha dejado huella de su paso por las Islas Marquesas, los atolones de Tuamotu y de su llegada a la capital de la Polinesia francesa, en la isla de Tahití, dentro del archipiélago de las Islas de la Sociedad.

Todavía dentro de este archipiélago, las islas de Raiatea y Bora Bora son bien conocidas por sus atractivos turísticos. No en vano seducen anualmente tanto a jóvenes enamorados ocupantes de cómodos palafitos sobre indescriptibles aguas turquesas como, también, a solitarios navegantes de caras bruñidas por el sol y a maduras parejas deseosas de alejarse por un tiempo de la rutina de la vida urbana del primer mundo.

Nuestro capitán, con la venia de toda la tripulación, ha fijado nuestro primer destino: Raiatea. No es una larga navegación. Son unas 120 millas, apenas una jornada, o menos si el viento fuera fresquito. No obstante, el retraso motivado por los trámites de inmigración y las confusas autorizaciones para la salida del país, nos han impedido salir de madrugada, como hubiera sido de desear. En su lugar, nos encontramos con unas previsiones de llegada nocturna a Raiatea que no resultan nada aconsejables, dadas las condiciones de entrada en la isla, rodeada, como todas las de la zona, por el correspondiente arrecife coralino. En consecuencia, nos lo tomamos con calma para aproximarnos al canal de entrada ya después de la alborada, con luz de día.

A medida que la luz se vuelve más intensa, el verde de los montes adquiere nuevas tonalidades, crece el relieve de los contornos y empiezan a distinguirse con nitidez los gigantescos árboles de palmeadas copas que protegen bajo su sombra una floresta variada y densa que se alza sobre las escarpadas montañas volcánicas. ¡Lástima no disponer de internet para indagar en los nombres y variedades de tan inusuales especies arbóreas!

Un canal bien balizado de aguas en calma, nos conduce majestuosamente hacia el corazón de la isla. Da miedo hacer ruido y turbar tanta paz por lo que decretamos la navegación silenciosa, atentos todos únicamente al sonido del viento, el agua y ...la imaginación que, caprichosamente, fantasea en cada cabeza con imágenes diferentes. Obviamente, el caserío urbano es modesto en extensión, pero no exento de gracia. Pequeños bungalows se alinean en una carretera perimetral por la que se observan algunos coches y

motos. En algunos enclaves, un pequeño camino asciende trabajosamente hasta media ladera de la montaña para dar acceso a unas cuantas casas que gozan de un privilegiado observatorio sobre la bahía y el horizonte. Ya en el fondo del canal, una marina ofrece cómoda acogida a centenares de monocascos y catamaranes de enhiestos mástiles, ocupados seguramente por navegantes de curtidas pieles y miradas soñadoras.

En nuestra vista no faltan los barcos de crucero, que acreditan la principal industria de esta isla y dan fe de sus atractivos.

Lentamente, saboreando en silencio estos momentos irrepetibles, nos adentramos entre dos de los islotes por un estrecho paso de deslumbrantes aguas. Hemos detectado sobre la carta un fondeadero en medio de un paraíso. A estribor, sobre la costa, se divisan las habitaciones en forma de palafitos de un hotel, seguramente de lujo.

Y a babor, más lejos, otro *resort* ofrece similares atractivos, en un lugar aún más aislado.

Nos separan cinco o seis metros de agua del fondo de arena. Resulta imposible resistir la tentación de darse un buen chapuzón en estas aguas límpidas, armados de los máscaras y snorkels correspondientes. Algunas manchas de arrecife, dispersas por la arena como las de la piel de un dálmata, invitan a seguir la rica vida que bulle bajo nuestra quilla.

La disponibilidad del *dingy* con su motor recién arreglado, nos proporciona una autonomía que no queremos desaprovechar. Javier y Ricardo, los conspiradores habituales, pronto idean un desembarco en dos turnos en el *resort* antes mencionado. No encontramos resistencia en el asalto. Nos reciben con una amable sonrisa. Ya que no podemos quedarnos días en un lugar como este, al menos haremos buena la experiencia de pasar un par de horas bajo una palmera, ocupadas las manos con una cerveza fría o un refresco con limón, mucho hielo y una pajita..., a elección de cada uno.

El día siguiente, 14 de marzo, arrumbamos a Bora Bora. Es el último destino en Polinesia francesa y creemos que merece la pena de una visita, a pesar de algunos comentarios llegados a nuestros oídos sobre la alteración del medio natural producida por la actividad turística.

La mar nos obsequia con una travesía suave y cadenciosa, algo carente de viento, que aprovechamos como mejor podemos.

Los útiles de pesca, especialmente elegidos para la ocasión en Papeete, llevan más de cien millas sin acusar una sola picada. El espíritu no decae y se blindo de paciencia, en la seguridad de que, frente a la adversidad, resistir es ganar.

Una vez más, hacemos entrada de madrugada en el conjunto de islas e islotes de Bora Bora. Idénticas sensaciones de quietud y sorpresa a las experimentadas en Raiatea se suceden en nuestro lento discurrir por el canal de entrada en Bora Bora. Ya nos es familiar la vegetación, conocemos el tipo de bungalows que se prodigan en la isla y vemos los primeros palafitos, tan característicos de la industria turística. También aquí hay buques de crucero, dos enormes, a modo de recordatorio del principal recurso económico con el que cuenta la isla.

Intentamos hacer gasoil para cumplir los deberes de suministro pendientes. Localizada la estación de combustible, única en Bora Bora, unos carteles nos advierten de que el horario de servicio no se corresponde con nuestra hora de visita. Y, lo que es peor, la información da cuenta también de que los tanques de combustible están vacíos y no habrá servicio disponible hasta el día siguiente. Bueno, no es posible ir contra las circunstancias y el maestro armero de estas tierras, como el de las nuestras, tampoco admite reclamaciones. ¡Habría que dar tiempo a que la logística de *Total* solucione sus problemas! Nadie en toda la isla parece apurarse por ello.

Nuestro punto de fondeo es otro de esos lugares para no olvidar en las largas noches de invierno, o cuando la añoranza de los buenos momentos vividos se hace un hueco entre los afanes cotidianos. Como ya ocurriera en Raiatea, una lámina de agua transparente, con

todas las tonalidades del turquesa, permite ver la sombra que el Pros proyecta y que se prolonga hasta el fondo arenoso.

Los entusiastas del buceo no pierden un minuto y se lanzan al encuentro con este acogedor medio que, además del frescor en la piel, te envuelve en el silencio y la quietud. Pronto, los más impacientes advierten desde el agua a quienes permanecen en seco sobre la existencia de una variada flora y fauna cercana. Una nutrida muestra de todos los modelos de cámara para uso submarino, Go Pro y similares, surge de los camarotes. Pececillos de vivos colores pastan en la vegetación del arrecife, sin mostrar la menor inquietud por los extraños cuerpos que se les acercan para tomarles un primer plano. La inclinación al posado y el buen gusto en las posturas y ademanes elegidos, resultan virtudes innatas de los peces de arrecife, unidas seguramente a su natural presumido. No les faltan los motivos.

Pero la tarde se vuelve aún más interesante cuando los más osados, Javier y Ricardo, que han salido de exploración en el dingy con la ayuda de Diego, localizan una concentración de pequeñas naves locales que llevan y traen visitantes a lo que parece ser un espectáculo submarino. Vuelven emocionados de su exploración de descubierta. No es para menos. Han podido bucear entre tiburones de punta negra, mantas y manta-rayas. ¡Ahí es nada!. La emoción se comunica al conjunto y nadie quiere perderse la ocasión. Si alguien abrigaba reticencias hacia los tiburones, no las muestra abiertamente, convencido todo el mundo de que el riesgo es nulo. Los que no han tenido ocasión de participar en el descubrimiento se aprestan a ocupar sus plazas en el segundo viaje del dingy, o en el tercero, todos pertrechados de sus cámaras submarinas. Al anochecer, una rápida edición de las mejores imágenes en video capturadas por Bernardo, Javier y José Ignacio permitirá impresionar a los allegados con las imágenes de la proximidad de los bellos escualos, acompañados de los peces que les sirven de pajes y escoltas y la presencia majestuosa de las enormes mantas que comparten las mismas aguas aunque, en su caso, a ras de tierra.

Cuando salimos del agua, resulta difícil eludir la sensación de que este es un pequeño pero significativo hito en las ya numerosas experiencias de nuestra vida. Un hito que, quizás, no vuelva a repetirse.

A la luz del crepúsculo, en la quietud de la laguna, con la luna que asoma ya por el horizonte, una suave brisa acaricia la bañera del Pros. Es el momento de las buenas conversaciones, cuando todo el mundo participa, ora con su palabra, ora con su atento silencio expectante, aguardando el momento de meter baza en la conversación general. La música también ayuda. Las tonadas de Bob Marley cuadran bien con un chupito de ron. Aunque luego se suceden canciones románticas, más lentas y cuando las sombras de la noche han ocultado el horizonte de la laguna, los rayos de una luna casi llena reverberan en el agua mientras llegan nítidas las notas al piano de la sonata "Claro de luna". Es tiempo de acostarse. Afortunadamente, hoy no hay turnos de guardia.

Es día 16 de marzo y nuestro descanso ha llegado a su fin. Hemos de hacer las formalidades de salida de Polinesia francesa, que ya iniciamos en Papeete pero hemos culminar en Bora Bora, último lugar de recalada para el Pros en el país. La cosa es sencilla, en apariencia, pero resulta necesario rellenar un buen número de reiterativos formularios, que creíamos haber cumplimentado ya varias veces. Junto a esto, los reglamentarios test Covid, practicados por un amable farmacéutico francés que domina el español, son ocasión para una tertulia de rebotica en el patio de la farmacia, en compañía de numerosos himenópteros deseosos de contribuir al mestizaje de sangre europea y local.

De acuerdo con la tradición acreditada por la burocracia polinesia, lo que puede hacerse en el día, si hay suerte, se hará mañana. En consecuencia, no podremos abandonar la isla hasta que dispongamos de la confirmación del permiso de salida del país, expedido por *Navégation Maritime*. O sea, hasta mañana. Acumulamos otro día más de retraso y nos armamos de paciencia. Para nuestra fortuna, nadie pone pegas a que el velero se quede atracado junto al muelle

en el que hemos hecho la aguada. Un hecho inesperado que permite pasar, sin tarifa alguna de atraque, una noche muy sosegada en el centro mismo del núcleo habitado y acercarnos a un supermercado vecino para complementar nuestras provisiones alimenticias.

La vuelta al mar desde Bora Bora tiene lugar el día 17, con todos los papeles por fin en regla, aunque tampoco a la hora prevista, mucho menos, a la deseada. En efecto, la estación de combustible se halla operativa a la hora indicada en sus carteles, pero la espera es larga, tras las carencias de días anteriores en los que se han multiplicado los depósitos sedientos. Dos horas nos lleva conseguir rellenar los 2000 litros de capacidad de nuestros depósitos de gasoil, cola incluida.

Como tantas otras veces, al verse en mar abierto, los espíritus de la tripulación experimentan el mismo gozo que les ha empujado a llegar hasta estos lejanos mares. Las islas son un paraíso y la vegetación, un vergel, del que resulta difícil separarse. Es cierto. Pero la caricia del viento en la cara mientras suena sibilante el trapo del velero y la proa del barco hiende las aguas, proyectando blanca espuma a los costados, es una sensación no por familiar menos gratificante, a la que los tripulantes sonrían, casi siempre sin necesidad de añadir palabra alguna a lo que resulta obvio para todos. Son marineros.

Los días de navegación en el mar son ya otra cosa. Las guardias, olvidadas durante la corta estancia en Bora Bora, entran de nuevo en vigor y la vigilia y el sueño de cada uno se acomoda a los tiempos pautados por una flexible regla que combina días, horas y equipos de guardia para que todo se renueve paulatinamente.

Junto al turno de guardia hay nuevas obligaciones recurrentes. El envío a nuestros seguidores de las *Noticias desde el Pros* obedece asimismo a un riguroso turno que hace responsable de su redacción a un tripulante cada día. Lo que proporciona la ocasión de escuchar, comentar y celebrar a coro, antes de su envío, los textos preparados, todos ellos cargados del acento y la subjetividad de cada autor y, sin

embargo, tan expresivos de las vivencias colectivas del día transcurrido. Son los *juegos florales* del Pros

Javier, quien ya había desplegado en puerto sus notables capacidades para la estiba y la ordenación del abarrote, asume nuevas y crecientes responsabilidades como responsable permanente de cocina. Todos los días trama alguna buena combinación de ingredientes, bien ajustados a las circunstancias de navegación y al estado de ánimo del equipo, que resulta a satisfacción de todos. Por si fuera poco, su magnífica memoria locativa le permite bucear por los armarios y recovecos menos conocidos del Pros con la seguridad de que dará con el ingrediente necesario.

–Javier: ¿sabes dónde está el pimentón picante? ¿Donde se pusieron los muslos de pollo que compramos en Papeete?

–Aquí los tienes, Juanma. Muestra Javier unos segundos después, con una luminosa sonrisa.

No me cabe la menor duda de que esta memoria y capacidad para el orden es el resultado del ejercicio de su profesión. Sin ellas las farmacias serían algo parecido al camarote de los hermanos Marx, con todas las especialidades revueltas e imposibles de localizar.

Africa ha luchado denodadamente en los primeros días por ocuparse de las tareas auxiliares y ha de decirse que, en su particular y generoso combate, ha triunfado. Cuesta mucho llevarle la contraria. Hasta el momento tiene en su haber el record de fregados completos ejecutados en el Pros. Es apreciación general, sin embargo, que las reglas de la igualdad no podían verse alteradas de modo tan notorio, ni siquiera en una tripulación con abrumadora mayoría de varones. Por esta razón, ha sido necesario que la autoridad del capitán la relevase de sus autoasignadas funciones para que la varonil legión asumiera su proporcional cuota parte en los numerosos fregoteos diarios. Los turnos, como las leyes, se inventaron para ayudar en la larga marcha del progreso humano. El Pros –modestamente– trata de contribuir a ello.

Ricardo, el capitán, es un tipo bastante inquieto ya en condiciones normales, al que le cuesta visiblemente permanecer quieto mucho tiempo en el mismo sitio. Se le ocurren cosas sin parar –muchas cosas–, comprueba y verifica cada poco equipos, portillos y bombas varias del Pros, al tiempo que presta atención a las pequeñas necesidades de cada tripulante, con el fin de ayudarlo a sentirse a gusto: un vaso de cerveza por aquí, una pieza de fruta por allá o, simplemente, una oportuna pregunta sobre las aficiones e intereses manifestados por el tripulante para invitarle a que se explaye con libertad.

Cuando las condiciones son especiales, la habitual movilidad de Ricardo se torna en pura desazón. Y ahora se dan esas condiciones. Enrolado en esta etapa después de culminar con éxito un complejo sudoku de fechas para hacer frente a sus responsabilidades profesionales, no ha podido integrar en esa agenda el nacimiento de su segundo nieto. Le llegan noticias de su hija, ya dispuesta para el alumbramiento, a quien hubiera deseado acompañar con su presencia. La tripulación sigue con interés creciente la evolución de la información durante varios días. Y estalla en un grito de *¡hurra!* cuando la distendida cara de Ricardo se hace visible en el acceso a la bañera para anunciar a la dotación que el feliz evento, por fin, ha tenido lugar.

–Todos están bien. Se llamará Alvaro. Nos dice con un punto de brillo en sus ojos azules.

¡Enhorabuena, abuelito! Por la tarde, con mejor intención que acierto, improvisamos una tarta con materiales diversos, todos dulces, en homenaje al recién llegado a este mundo.

–¡Que te vaya bonito, amigo!. Quizás algún día te cuenten cómo de ilusionados asistimos a tu nacimiento desde el Pacífico.

Los primeros días de mar, una vez dejada atrás la Polinesia, han sido dulces y cómodos. Vientos blandos, con una corriente que algo contribuye a avanzar hacia destino, se han venido sucediendo para poder disfrutar de largas jornadas de amena conversación en la

bañera. Muchos temas, serios unos, frívolos otros, todos conducidos con la medida y destreza necesaria para no convertir el noble ejercicio de intercambiar ideas y sentimientos en un gratuito combate de esgrima con florete entre egos heridos o sentimientos lastimados. Priman las anécdotas marineras, las referencias históricas a nuestros navegantes y, cómo no, un destilado variado obtenido de la experiencia profesional y vital de quienes habitamos, por unos días, entre las protectoras costillas del Pros.

Cuando ya la magra dotación de ron embarcada empezaba a escasear, a unas 1000 millas de Suva en Fiyi, el tiempo cambió. La temperatura se mantenía dulce, tanto de día como de noche, pero el cielo y los vientos eran otra cosa. Nos acercábamos a la SPCZ (*South Pacific Convergence Zone*), un área desconocida para nosotros, que se caracteriza por la variabilidad de vientos, alternados con calmas y la frecuencia de tormentas. El viento del Este que deseábamos para seguir nuestra derrota se torna en un viento entablado del NW que nos aleja de destino. Nos vemos obligados a dejarnos caer al S más de lo deseado y la promesa de una rolada del viento al NE no se produce. Al contrario, se intensifica la fuerza del NW y se suceden los chubascos (*squalls*), uno detrás de otro. Sufre la jarcia, padece la tripulación y se resiente nuestra paciencia. Pero hay que persistir. Afortunadamente, no falta el buen humor y disfrutamos observando en el plotter la trazada que hemos dejado para la posteridad y sobre cuyas razones nos apresuramos a informar a la Oficina de tierra. Sólo faltaba que alguien empezara a fantasear con un eventual abuso de ron cuando, lamentablemente, ya no queda una gota de este líquido con la que quitarse el sabor a sal.

En fin, el día 26 seguimos bajo la influencia de los *squalls*, que limpian con abundante agua de lluvia nuestra cubierta, pero el viento ha rolado hacia el NE, lo que mejora mucho nuestra derrota. A ver si dura....

En medio de todo esto, nuestro fracaso en materia de pesca es portentoso. Hemos experimentado tres o cuatro picadas de las que resulta un balance desolador: tres *rapalas* perdidas por piezas de

tamaño superior a la resistencia de los materiales y otras tantas piezas que no han podido izarse a bordo cuando estaban ya cerca del costado del barco. Ha habido una captura, sólo una, de una barracuda de buen tamaño a la que devolvimos a su medio natural en prevención de nocivos efectos asociados a la ciguatera. La memoria de las recientes tesis sobre la muerte de Elcano y otras decenas de hombres, tras ingerir algo parecido a una barracuda, en la Expedición encabezada por Garcia Jofre de Loaysa en 1525, pesa en nuestro criterio. Además, sobran proteínas en el barco.

Tras estos fracasos, optimizando el material de pesca que nos queda, persistimos en el empeño. Nos resistimos a creer que, en este ancho mar, no pase cerca un *mahi mahi*, como los varios que hemos llegado a vislumbrar a nuestro costado y se coma nuestros tentadores señuelos...Un buen asadito de pescado sería una golosina a estas alturas de la travesía.

Faltan unas 700 millas a destino en línea recta. Con nuestra adquirida experiencia sobre la variabilidad de la intensidad y dirección del viento en esta zona del Pacífico, no nos atrevemos a establecer una estimación de llegada a Fiyi. Confiamos que la tripulación que nos ha de relevar en ese archipiélago tenga la paciencia de esperarnos. Un poco más tarde, pero llegaremos. Esto es la mar, amigos.

